

# JOAQUÍN CASTELLANOS

---

El 28 de septiembre de 1932 falleció el académico don Joaquín Castellanos, poeta y escritor cuya obra ha ejercido una fecunda influencia en la vida intelectual de la República.

La Academia envió a la capilla ardiente del señor Castellanos una corona de flores naturales. En la sesión del 11 de octubre, el señor presidente comunicó a la Corporación este lamentable fallecimiento, con admiración y afecto al colega desaparecido.

Al trasladar sus restos a Salta, provincia natal del señor Castellanos, el presidente de la Academia, don Calixto Oyuela, pronunció, en nombre de la Corporación, en la estación Retiro; el siguiente discurso :

Señores :

En nombre de la Academia Argentina de Letras, y en el mío propio, a título de una no interrumpida amistad y admiración de medio siglo, vengo a rendir homenaje y a dar la eterna despedida a los despojos del que fué Joaquín Castellanos, y tiene derecho a inscribir su nombre, por múltiples respectos, entre los varones ilustres de la República. No es esta la ocasión ni el momento de relatar su vida ni de aquilatar sus méritos eminentes. En cuánto a mí, su muerte es un dolor demasiado personal para

hacer otra cosa que tributárselo en breves y conmovidas palabras. Para el país que le vió nacer, ella señala el instante de la justicia, del reconocimiento definitivo de su alta personalidad de patriota, de profesor y de poeta.

En todas sus actividades, en su larga vida de pujante y valiente lucha cívica, en el ministerio de la cátedra, como en el esplendor y vuelo de sus creaciones poéticas, Castellanos puso siempre el sello de la unidad suprema de su talento y de su carácter, de su idealismo romántico de la más noble estirpe, y de tenaz empeño por encarnarle en realidades vivientes y trascendentales, cívicas, intelectuales o artísticas. El vuelo, la fuerza, la penetrante comprensión de ideas y sentimientos, la rebelión generosa contra todo lo torpe, mezquino o interesado, surgen por todas partes de su acción, de su enseñanza, de su poesía. Caballero sin miedo y sin reproche, dijo siempre altamente lo que altamente pensaba; y fué, ante todo y sobre todo, en medio de su cultura filosófica, histórica y literaria, de su elevación moral, que le señaló siempre el rumbo seguro, una espontánea fuerza en libertad.

Su ardiente vocación política requería los tiempos heroicos de abnegación y sacrificio para desplegar sus alas poderosas. No era ciertamente, ni pudo ser nunca, político de comité, de banderías interesadas, de ambiciones bastardas. Ante ellas, se replegaba desdeñosamente en sí mismo o se condenaba al silencio. La política no era para él un oficio, sino, sencillamente, patriotismo en acción. La elevación y la noble sinceridad de su espíritu no le consentían transacciones ni acomodamientos utilitarios, ni aun dentro de su propio partido; y como Dante en su política, a quien tanto admiraba, pudo en sus últimos tiempos *complacerse en haberse hecho un partido para sí mismo*. El romanticismo político, así entendido, podrá no llevar al triunfo a quien lo profesa, pero su aparición extraordinaria será siempre, de tiempo en tiempo, un alto ejemplo moral

para el pueblo, una especie de pampero purificador de muchas miserias.

Como poeta, Castellanos fué también fundamentalmente romántico en el mejor significado del término, en el sentido *humano e histórico*, ajeno a todo espíritu de escuela o de cenáculo. Fué el suyo un romanticismo superior, reflejo espontáneo de lo que hay de más noblemente ideal en la humana naturaleza, lleno del sentimiento de lo infinito, del anhelo por ensanchar, cuanto fuere posible, los horizontes en que tiende a encerrarnos inflexiblemente la vida. Ese romanticismo, que llega certeramente al alma popular por el sentimiento, característico en Esquilo, en Dante, en Calderón y en el helénico Leopardi, no impidió a nuestro poeta comprender, sentir y admirar el verdadero clasicismo antiguo y moderno (con el cual se da altamente la mano por encima de las escuelas militantes e intolerantes), según con toda evidencia lo demuestra su último y vasto canto, aún inédito, que me envió desde el Paraná hace pocos meses.

Con Joaquín Castellanos se apaga para nosotros un grande espíritu, una personalidad cívica descollante, un profesor ilustre, un poeta de alto y potente vuelo.

¡Que tu vida, noble e inolvidable amigo, en la acción, en la cátedra y en el libro, nos sirva siempre de estímulo en la virilidad de nuestro pensamiento y en la belleza de nuestras inspiraciones; y la poesía argentina, de la que fuiste sacerdote dignísimo, cumpla para su gloria el voto que por su regeneración formulas, con vigor profético, en ese tu último canto! La patria, entonces, por sus poetas, según tu expresión magnífica:

« ¡De frente a cada elevador de granos  
Tendrá un elevador de corazones! »

### Datos biográficos de Joaquín Castellanos

Joaquín Castellanos nació en la ciudad de Salta el 21 de abril de 1861. Perdió su madre a los pocos meses, y alejado su padre, don Silvio Castellanos, en el Perú, con motivo de una revolución local, quedó al cuidado de dos tías carnales, hermanas de su padre. Cursó hasta el tercer año en el Colegio Nacional de Salta, y trasladada la familia al Rosario de Santa Fe, termina en dicha ciudad su bachillerato. Comienza por entonces a cultivar la poesía, y obtiene su primer triunfo literario con su composición *El Nuevo Edén*, en un certamen rosarino. Poco después publica *La leyenda argentina*, cuya difusión le sirve de mayor estímulo. Tenía a la sazón diez y siete años, y con su afición a las letras se combina entonces su inclinación a la política, movida desde el primer momento por esa vibración patriótica que había de ser una de las grandes características de su vida. A los diez y nueve años se incorpora al ejército de Tejedor, gobernador de Buenos Aires y defensor de la autonomía de esta provincia. En los combates de esta lucha de 1880, entre el gobierno de Buenos Aires y el de la Nación, Castellanos, en un rasgo lleno de generosidad y valentía, queda cojo para toda su vida.

Empleado luego para costearse la vida y ayudar a sus ancianas tías, hace sus primeras armas en el periodismo militante, descuidando a intervalos, pero sin desoír nunca su alta vocación poética y literaria. En el tercer certamen de Juegos Florales, celebrado en Buenos Aires el 12 de octubre de 1883, Castellanos se presenta con su vasta composición *El viaje eterno*, que obtiene el premio de honor. Pero la política, que para él es siempre la patria, lo reclama de nuevo, y se incorpora decididamente, desde los años de su preparación subterránea y pública, a la revolución de 1890. Actúa en la tribuna popular y en el periodismo; dirige *El Argentino*, órgano del movimiento, y pronuncia, pocos meses antes de la revolución, sus vibrantes arengas del teatro Onrubia y del Frontón Florida.

Afiliado luego al primitivo radicalismo de Alem, actuó en la revolución de 1893, y fué, con otros jefes radicales, desterrado a Montevideo.

Elegido diputado a la legislatura de Buenos Aires, desempeña este cargo en tres períodos consecutivos. En 1898, Bernardo de Irigoyen, gobernador de la provincia, le nombra ministro de Gobierno. En 1900, el mismo pueblo de Buenos Aires le lleva al Congreso Nacional, donde participa activamente en la ley de servicio militar y en diversos debates y proyectos.

En menos de un año de estudio obtiene su título de abogado, y abre estudio de tal en 1905. En 1909 va a Salta y reorganiza el partido radical. En 1909 se ausenta a Europa con su familia y recorre ampliamente el Viejo Mundo. En 1914 es elegido diputado al Congreso por la Capital Federal, y al término de su mandato es llevado en triunfo a la gobernación de Salta. Disiente, desde ese cargo, con la política nacional de esa época y cae con sus principios, rechazando todas las sugerencias y todas las ofertas.

Procura la reacción del radicalismo por medio de un programa y de una acción principista. Cuando se convence de la inutilidad de sus esfuerzos, se retira a la vida privada, costeándose la subsistencia, pasados los sesenta años, con dos cátedras obtenidas por concurso en la Universidad del Litoral.

Allí, en el Paraná, pasa los últimos años de su vida retirado de toda acción militante en política; pero siguiendo día a día, atenta y angustiosamente, el desarrollo de los acontecimientos de la vida nacional. De cuando en cuando, desde su retiro, estalla su temperamento con algún apóstrofe a los gobiernos, o un vibrante llamamiento a la juventud, que se publica en periódicos locales o de la Capital.

En el profesorado ocupó diversos cargos importantes. A los dieciocho años fué profesor de la Escuela Normal de Catamarca, de donde se le removió en virtud de un pedido oficial de la direc-

tora ante el gobierno, debido « a que las condiciones de donadora del joyen profesor Castellanos constituían un motivo de perturbación para las niñas de la Escuela ». Fué trasladada su cátedra al Colegio Nacional de la misma ciudad. Más adelante fué profesor del Colegio Nacional de La Plata, donde formó su hogar y residió varios años. Dictó también clase en el Colegio Pueyrredón de la Capital, y desempeñó, por último, con gran brillo, por varios años, las cátedras de Filosofía y de Historia Argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Las publicaciones de Castellanos, por orden cronológico, son : *Ojeadas literarias*, *Cuestiones de Derecho Público*, *Labor dispersa*, *El Limbo* (publicado con el seudónimo de *Dharma*), *Acción y Pensamiento*, *Marcas a fuego*, *Güemes ante la historia*, *Poemas viejos y nuevos*, y varios folletos sobre diversos tópicos.

Tuvo además una labor periodística enorme, y deja una considerable obra inédita.

Debemos estos datos al señor don Federico Castellanos, hijo del poeta.

C. O.